

Núm. 25.—Noviembre de 1852.

AÑO 2.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS ETC.

Fundado en 1.º de Noviembre de 1851.



REDACCION,

CONCEPCION GERÓNIMA, NÚM. 4, LITOGRAFÍA DE CASTELLÓ

Madrid.



Madrid 1852--Imprenta de el Correo de la Moda,
á cargo de Agustín P. Vega, calle Sin Puertas núm. 4.

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

JUANA DE ARCO.

(Conclusion.)



Levantado el sitio de Orleans, propuso Juana al rey marchar á Reims cuanto mas antes para celebrar allí la ceremonia de su consagracion; y aunque lo resistieron algunos capitanes del ejército, al punto se puso el plan en ejecucion. Fué señalada la marcha del ejército por continuos triunfos. Se tomaron por asalto las plazas de Jargeau, de Menn de Beaugency. Cerca de Patay encontraron al ejército enemigo. No querian los capitanes franceses, aterrados con la memoria de las derrotas de Crecy, de Poitiers y de Azincourt, dar batalla en campo raso á los ingleses; mas les persuadió Juana á lo contrario y comunicó á todos su entusiasmo. Obtuvieron la victoria los franceses: quedaron en el campo 2,500 muertos, se cogieron 1,200 prisioneros, entre ellos el famoso Talbot,

que se habia cubierto de gloria en esta guerra.

En todas estas marchas y acciones se mostraba Juana de Arco siempre impávida, animando á todos con su voz y con su ejemplo, la primera en todos los peligros. Al verla prorrumpian siempre en aclamaciones los soldados, y los capitanes estaban sumisos á sus órdenes en todas ocasiones. En los cortos momentos de descanso se entregaba á ejercicios de piedad, confesaba y comulgaba. Era corto su sueño; muy escaso su alimento. Los historiadores habrán acaso engalanado demasiado aqueste cuadro; mas no conocen el corazon humano los que piensan que todo un ejército se habia de sugetar al ascendiente de una muger en quien no viese un sello celestial, y no reconociese un modelo de todas las

virtudes. No era Juana una impos-
tora, no: era una muger de imagi-
nacion ardiente, animosa, entu-
siasmada, que tenia la misma fé
en si misma que cuantos la rodea-
ban y seguian.

Despues de la batalla de Patay se
rindieron las plazas de Montpipeau
San Segismundo y Sully. Auxerre
cerró sus puertas, mas envió víve-
res. Troyes que quiso imitar este
ejemplo, fué embestida; mas se
rindió á las armas del rey al ver
próximo el asalto. Chalons sur
Marne se rindió sin resistencia. La
guarnicion de Reims evacuó la pla-
za al aproximarse el rey, que hizo
su entrada pública acompañado de
la Doncella de Orleans al frente del
ejército.

El 17 de Julio de 1429, se veri-
ficó la ceremonia solemne de su
consagracion, á la que se dió todo
el aparato y pompa que las cir-
cunstancias reclamaban. Asistió á
ella Juana, y permaneció todo el
tiempo al lado del altar mayor te-
niendo siempre en la mano su es-
tandarte. Sin duda debió de ser
muy grande su satisfaccion al ver
en aquella augusta ceremonia el
noble fruto de su grande arrojo.
Sin ella no se hubiera consagrado
Carlos VII en Reims, ni sacudido
Francia tan aprisa el yugo de los
extrangeros.

Concluida la ceremonia se echó
á los pies del rey la Doncella de
Orleans, y pidiéndole que, *pues que*
habia ya concluido con lo que Dios

le habia mandado, se le permitiese
retirarse al seno de su familia para
entender en las labores á que estaba
acostumbrada. Nada hacia ver mas
claramente que la conducta de Jua-
na era la de una muger que creia
en si misma, y ya no contaba con
la asistencia de Dios, puesto que la
mision habia espirado. Mas eran
demasiado importantes los servi-
cios que prestaba á la causa del rey
para que este accediese á su deseo.
Con nuevas distinciones de favor,
con nuevas honras trató de dete-
nerla en sus banderas, y Juana no
supo resistir á quien tenia el dere-
cho de mandarla. Continuó sirvien-
do en el ejército, aunque desde
aquel instante dejó de hablar con
el tono de mandato á que estaba
acostumbrada. Como simple aven-
turera se mostraba en todas partes,
no como gefe á quien todos debian
sumision y acatamiento. Otra prue-
ba de su sinceridad, de su obediencia
sin límites á lo que llamaba sus
voces interiores.

Despues de Reims se rindieron á
las armas del rey Laon, Neufchatel
Soissons, Crepi, Compiégne y otros
puntos. Se acercó el ejército de
Carlos á Paris, y tomó la ciudad de
San Dionisio. Desde este punto co-
menzaron sus ataques contra la
misma capital, en uno de los cua-
les salió herida la Doncella. No era
la primera vez, como hemos visto,
que vertia su sangre en defensa de
una causa que era para ella como
la del cielo mismo.

Se acercaba el fin de la carrera militar de Juana de Arco. Tal vez no era ya la misma aquella fe, aquella confianza que anteriormente la animaba. Tal vez habían cesado ya sus voces, y el entusiasmo que había escitado en el ejército había perdido mucho de su poderío. El rey se había marchado hacia el Medio día dejándola á ella en compañía de sus capitanes el cuidado de la guerra en aquel país del Norte. Esta separación prueba bien que no era ya la persona de la doncella un objeto tan importante como anteriormente á los ojos del monarca. La guerra seguía sin grandes resultados entonces por ninguna de ambas partes. Marchó el duque de Borgoña con un número considerable de tropas sobre Compiègne. Acudió inmediatamente Juana en socorro de la plaza, donde se encerró con su gente, resuelta á sufrir todos los hazares de aquel sitio. A muy poco tiempo dispuso una salida que tuvo al principio un resultado muy brillante, arrollando un cuartel entero de los sitiadores, que se pusieron en fuga con enorme pérdida; mas acudió pronto todo el ejército enemigo, y los franceses tuvieron al fin que retirarse. Cubría la retirada Juana de Arco, haciendo como siempre esfuerzos de valor, animando á todos con su voz y con su ejemplo. Reconocida por los enemigos, renovaron su ardor en la persecución, y con nueva furia

la estrecharon. Ya habían entrado en la plaza casi todos los franceses: las puertas se cerraron, y Juana quedó casi sola á merced del enemigo. Viéndose perdida, trató de vender cara su persona, y se defendió con valor contra tantos como la asaltaban. Mas habiendo sido herida y derribada del caballo, tuvo al fin la desgracia de caer en manos de sus enemigos.

Produjo la captura de la Doncella de Orleans un regocijo universal en el ejército enemigo. No hubiesen dado tanta importancia á la victoria mas completa y decisiva. Ya había caído la mujer fatal que había hecho vencer á las armas del Delfín á fuerza de hechizos y de sortilegios; ya se había disipado del todo el talisman que habían debido los ingleses y borgoñones tantos descalabros. Ninguno se alegró mas de aquel golpe inesperado que el mismo duque de Bedford; ninguno se penetró mas de su altísima importancia. Para disipar del todo la creencia de que había sido enviada de Dios para combatir á favor de los franceses, no ocurría medio mas eficaz que el de hacerla juzgar y condenar como hechicera. A este plan se atuvo el duque de Bedford que sin duda participaba de todas las ideas y opiniones recibidas de su siglo. Mas aquí estaban perfectamente de acuerdo su superstición y su política.

El primer paso que dió el duque

de Bedford fue sacar á Juana del poder del duque de Borgoña, cuyas tropas la habian hecho prisionera. Consiguió con negociaciones, y sobre todo con una gran suma de dinero, tan importante objeto, é hizo conducir á Ruan á la Doncella de Orleans cargada de cadenas. Inmediatamente se dió principio á su proceso. La supersticion, el odio nacional, el deseo de venganza, la memoria de las pérdidas sufridas, la politica, las órdenes del duque de Bedford, todo se conjuraba en la ruina de esta desgraciada. Se instaló un tribunal inquisitorial, á cuya cabeza figuraba Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, de fanática memoria. A las interrogaciones respondió Juana de Arco con la misma simplicidad que lo habia hecho tantas veces en el curso de su vida. Habló de sus visiones, de sus *voces*, dijo y repitió que si habia venido en auxilio del rey de Francia, era porque Dios lo habia mandado. A todos los cargos respondió de un modo victorioso. Reconvenida por haberse presentado al lado del altar mayor de la catedral de Reims durante la consagracion del rey, respondió que era muy justo que recibiese un grande galardón quien tanto habia trabajado. Todos sus dichos eran dictados por la profunda convicción que la animaba. Los jueces no hallaban motivo para condenarla; mas necesitaban una víctima los planes del duque de Bedford, quien apuraba por la

pronta conclusion de este negocio.

Era preciso perder á Juana de Arco. Viendo que nada producian sus declaraciones, se le armaron asechanzas; se la rodeó de consejeros pérfidos, que, bajo el pretexto de evitar su ruina, abusaban de su inesperienza. No era ya aquella joven separada del mundo, sumida en los horrores, en la lobreguez de una prision la misma guerrera que conducia las tropas del rey de Francia á la victoria. Era natural que la hubiese abandonado aquella confianza de si misma, aquel sentimiento de la gloria que hace tan grandes á los hombres en el calor de los combates. Rodeada de tantos lazos, embarazada con las preguntas capciosas que le hacian, intimidada con la imagen de los horribles castigos con que la amenazaban firmó ó lo que es mas cierto, se falsificó un escrito en que se reconocia rea de los delitos de que la acusaban, estraviada, criminal en su conducta y arrepentida de haber llevado las armas y seguido el pendón del rey de Francia. Los jueces la sentenciaron no á pena de muerte sino al *pan de lágrimas*, al *aqua de la angustia*, á vivir reclusa, á dejar crecerse el pelo, á no vestirse jamás de hombre bajo las penas mas severas.

Así concluyó por entonces este drama; mas no satisfizo su desenlace al duque de Bedford, que se obstinaba en hacerla morir en un cadalso. Fué preciso complacerle,

y que aquel tribunal de sangre consumase su iniquidad, reformando ó mas bien volviendo á dar otra sentancia. Para el efecto se pusieron en juego las mismas intrigas; se armaron á Juana las mismas asechanzas. Entre los varios artificios empleados para completar su ruina, fué uno el quitar por la noche de su cuarto sus vestidos de muger, y poner en su lugar otros con su armadura de hombre. Sea que se viese impelida por la necesidad no teniendo otra cosa que ponerse, sea que la vista de lo que habia sido instrumento de su gloria despertase en ella sentimientos amortiguados por la adversidad, se vistió Juana aquellas armas. Se la cogió en fragante; y como una de las cláusulas de la sentancia era, *que no habia de usar vestidos de hombre*, se consideró esta infraccion como uno de los mayores atentados. Se la volvió á poner en juicio, se le hicieron cargos como á relapsa, y despues de varios procedimientos de esta clase se la sentenció al suplicio de la hoguera, que era la pena con que en aquellos siglos se castigaba á los herejes, á los hechiceros, á los que obraban por artes ó sugestiones del demonio.

Recibió Juana de Arco la sentancia, no como una heroína que se mostraba superior á la desgracia, sino como una muger que cedia con afliccion y con dolor á la ley dura de la suerte. Se quejó de la

crueldad con que era tratada por sus jueces; se quejó de la ingratitud del rey de Francia que la desamparaba en un conflicto tan terrible; mas con los sentimientos de piedad que no la abandonaban nunca, se preparó á la muerte. Condenada por herética, por hechicera, se suscitó la duda de si se le podian administrar la eucaristia y demás auxilios de la Iglesia; mas los jueces se los concedieron. Los recibió Juana de un eclesiástico que no la abandonó en sus últimos momentos. Llegó al fin el de poner en ejecucion tan bárbara sentancia. Salió Juana vestida de una túnica blanca sobre un carro en medio de la inmensa muchedumbre que la contemplaba con diversos sentimientos. Unos la maldecian: compadecian los mas su infortunio en lo florido de su edad, y no faltaba quien recordase las gloriosas hazañas de que habia sido testigo tantas veces. Arrancaron lágrimas los lamentos en que prorrumpia la infeliz al acercarse á la fatal hoguera. Se erigieron cerca de ella dos tablados, en uno de los cuales se hallaban sus jueces eclesiasticos, y en el otro los prelados que autorizaban la ceremonia. Primero la pronunciaron una especie de sermón, que escuchó la Doncella de rodillas. Le leyó despues la sentancia el obispo de Beauvais, en la que se hallaban especificados sus delitos. Concluido el acto la llevaron á la hoguera, al pie de la cual le pu-

sieron la coraza de la inquisicion, donde estaban escritas las palabras de *herege, relapsa, apóstata, idólatra*. Inmediatamente la hicieron subir á la pira donde la ataron á una columna de yeso que hicieron construir para el intento. Entonces le pusieron fuego. Habia mandado el duque de Bedford erigirla alta, á fin de que no cupiese á nadie duda de su muerte. Por esta circunstancia, dicen que su suplicio fue muy doloroso, no habiendo el fuego podido cebarse en la pira facilmente. Reinaba en la muchedumbre el silencio mas profundo. Todos oyeron los gemidos y sollozos de la desgraciada: hasta que un Jesus en alta voz pronunciado salió de entre las llamas. El obispo de Winchester mandó recoger las cenizas y echarlas en el Sena.

¿Es este un cuento, una de esas creaciones de la imaginacion acalorada? No; es una historia moderna, verídica, apoyada en documentos, en pruebas que no dejan duda. Es el cuadro fiel de una muger, única tal vez en los anales de la vida humana, mas cuya existencia, cuyos hechos han tenido toda la publicidad que da la luz del dia. Y estos hechos, por mas maravillosos, por sobrenaturales que parezcan, los explica la razon del modo mas sencillo. ¿Quien ignora lo que puede el entusiasmo, los esfuerzos que en el hombre promueve su ardiente fantasia? Se sintió inflamada la de una muger con el instinto

de la gloria; tomó esta agitacion interior por una voz del mismo cielo; se creyó inspirada; se presentó con una conviccion profunda de este auxilio divino en las batallas; comunicó su entusiasmo á los demas; aprisionó su imaginacion; les comunicó la fe que tenia en ella misma; los hizo vencedores. La cosa no es comun pero posible. Apareció la Doncella de Orleans como un meteoro pasajero, pero brillantísimo. A la edad de 19 años pasó de las humildes labores del campo á mandar el ejército del rey de Francia; pues era verdaderamente el general aquella muger extraordinaria, de cuya mision divina nadie tenia duda. A la de 20, despues de 10 meses de prision, subió á una hoguera, que era el suplicio considerado entonces como el mas horrible y mas infame. Si la primera parte cautiva nuestra admiracion, no podemos menos de mirar la segunda con la compasion mas viva. De mejor fin era digna aquella muger tan esforzada; mas gratitud merecia del rey de Francia, que le debia su corona, que no la reclamó jamás, que no dió ningun paso para salvarla. (1) ¿Fue por olvido, por in-

(4) Veinte y cuatro años despues ascendió al solio pontificio con el nombre de Calixto III Don Alonso de Borja natural de Valencia, el cual á petición de los parientes de Juana de Arco nombró al Arzobispo de Reims y á los Obispos de Paris y de Coutances, para que como comisarios apostólicos examinasen el proceso. Reunieronse dichos comisarios en Ruan, y des-

diferencia? ¿Estaba acaso fatigado de oír que se debían á una muger tantas victorias? Mas aquella muger habia corrido á su servicio, le habia libertado la plaza de Orleans, le habia hecho consagrarse en Reims con maravilla de la Francia entera.

Las aventuras de la Doncella de Orleans forman uno de los episodios mas hermosos de la historia de Francia. En ninguna de las demas de Europa encontramos uno semejante. Ningun monumento grande artistico ni literario se ha consagrado en aquel pais á la recordacion de sus hazañas. (5) De dos poemas que se han publicado con su nombre, el primero es ridículo; el segundo la pone á ella en ridículo del modo mas infame. Los historiadores han hecho sin embargo

pues de oídos muchos testigos pronunciaron su sentencia declarando plenamente probada la inocencia de Juana, y que su muerte habia sido un asesinato injustificable. Mandaron ademas rasgar y quemar el proceso; pero no impusieron castigo ninguno á los jueces inícuos que la condenaron, bien que la mayor parte habian ya muerto. Esta tardía reparacion hizo resaltar mas la ingratitud del rey de Francia Carlos VII.

(5) En una de las principales calles de Orleans se levantó un sencillo monumento á la gloria de Juana de Arco, por el pueblo agradecido. Pero el mismo pueblo estraviado lo destruyó sin saber porque hace apenas sesenta años, olvidando que á la espada protectora de Juana debia la conservacion de su patria. Posteriormente la municipalidad de Orleans le erigió una estatua en la plaza principal de aquella ciudad. Es algo mayor que el tamaño natural, y su posicion demasiado exajerada como la mayor parte de las obras de los franceses.

justicia á su memoria. En Orleans se celebra todavia, ó se celebraba hace poco, en su honor una solemne procesion el 8 de mayo, aniversario de la entrada solemne de Juana de Arco despues del levantamiento de aquel sitio. Varias veces hemos visto la estatua de la heroína en la principal plaza pública de la ciudad; mas sus facciones no han sido trasmitidas á la posteridad por ningun retrato ni otro medio equivalente. La imaginacion se complace sin embargo en suponer que debia de ser muy hermosa una jóven tan valiente, tan intrépida, de tan brillantes cualidades adornada. (6)

CAROLINA.

Observábase gran movimiento y alegría en casa de los señores Dumont comerciantes de Paris: era que

(6) Carlos Nodier en su biografia de Juana de Arco dice lo siguiente. *Cuando bajo la fè de sus contemporaneos y de los retratos que nos quedan de ella, y que fueron sacados del natural, nos la representamos tan parecida en la espresion angélica y terrible de su fisonomia al San Miguel de Rafael, estamos tentados de creer que le sirvió de modelo.* Lamartine que acaba de publicar en el *Civilizador* la biografia de Juana de Arco, si bien en la portada trae un moharracho pésimamente grabado en madera, no dice que sea retrato verdadero de la heroína. Historiador hay que asegura no quiso Juana consentir nunca en dejarse retratar. Si esto es cierto, los retratos que conocemos de ella debieron trazarse por las relaciones que de su fisonomia hicieron los historiadores y cronistas, á la manera que os españoles formamos el de Miguel de Cervantes por lo que el mismo dice de su persona y facciones en el Quijote.

esperaban á su hija Carolina que despues de cinco años de colegio volvía al seno de su familia, y Carolina era hija única, pues los otros cuatro hijos de Dumont eran varones. Toda la familia la recibió como la hija mimada, recibimiento á que sin duda era Carolina acreedora. Tenía quince años, poca hermosura, es preciso confesarlo, pero tanta gracia en sus maneras y lenguaje, tanta benevolencia con todos, tanta modestia en ocultar sus talentos y la precoz instruccion que habia adquirido, que todo el mundo la consideró como una joven perfecta.

Pero las madres no creen facilmente en la perfeccion de sus hijas, y la señora de Dumont era demasiado sensata para no dedicarse á observar si su hija tenía algun defecto que empañase tantos encantos.

Pasados los primeros dias consagrados á la satisfacion del regreso de Carolina, á las visitas y á las distracciones que son consiguientes, la casa volvió poco á poco á entrar en orden, y toda la familia á sus costumbres habituales. Carolina dividía su tiempo entre la lectura, la música que cultivaba con éxito, el dibujo, el bordado y la aguja. A todas estas cosas se aplicaba con celo, y su padre, orgulloso con los elogios que hacían de su hija, la recompensaba generosamente ya con una alhaja que Carolina deseaba tener, ya con cualquier otro

objeto de moda, ya con alguna moneda de oro ó plata que entraba en su caja de ahorros. En verdad que Carolina podía llamarse una joven dichosa.

Viendo pues satisfechos todos sus deseos, y tanta facilidad en poseer los goces de lo superfluo, Carolina se abandonó á la prodigalidad, y este fué el defecto que su prudente madre descubrió en ella, y se propuso dedicar todos sus cuidados á corregirlo.

¿Y en qué, se medirá, puede ser pródiga una jóven de 15 años? Por grandes que sean los regalos de que se la colme, le será muy difícil escederse, y por consiguiente aquella palabra debería reservarse para señalar á los que disipan toda su fortuna.

Mas conviene que las jóvenes se desengañen, y sepan que todo lo que se aparta de la economia es prodigalidad; axioma á que conviene se acostumbren sus oídos; porque no hay posicion ninguna en el mundo á que no sea aplicable.

Volvamos á la prodigalidad de Carolina. Como no tenía doncella, cuidaba ella misma de su ropa, y de su tocador, pero con tanta desidia que sus mas ricos vestidos estaban mal doblados, y las mas veces se los ponía sin haber quitado una mancha ó cosido un rasguño. Su ropa blanca la tenía enteramente descuidada, sus cuellos y sus mangas deshilachados, y cuanto

necesitaba componerse arrojado al canasto de los trapos inútiles, de suerte que no pocas veces sucedia que al tiempo de vestirse se encontraba sin una pañoleta planchada, ó con el vestido que habia pensado ponerse roto, la franja de una manteleta descosida y en fin nunca faltaba, en los momentos de mas placer, un inconveniente que ocasionase un disgusto; resultado inevitable de la falta de órden. Y sin embargo cuando salia con su madre compraba cuanto le gustaba. ¡Ya se vé como su bolsillo estaba siempre tan provisto!

Su madre cuyas cualidades esenciales habian contribuido al bienestar de la familia no podia tolerar aquel desorden, y con poca dificultad hizo comprender á su marido que debia moderar sus liberalidades á Carolina, y por consiguiente los donativos de dinero fueron ya raros; pero la indolencia de Carolina impidió que lo notase hasta el dia que concluyó con todo el caudal que su bolsillo contenia. Ya antes las reprensiones de su madre la habian obligado á moderarse, y en los paseos de la mañana por las calles de Paris, habia sabido resistir y dejado de comprar tal ó cual objeto que los magníficos almacenes esponen á la vista, tentacion é inesperienza de las jóvenes, por supuesto por menos de la cantidad de su valor, ó casi de balde.

Carolina entonces se puso á reflexionar, y encontró que su vida

no era tan completamente feliz como le habia parecido en los primeros dias de su salida del colegio. ¡Pobres jóvenes! para vosotras es la mayor desgracia la severidad con que se procura corregir vuestros defectos; en vuestra ignorancia, no imagináis que se trabaja por vuestra felicidad, y que si alguien sufre verdaderamente es vuestra madre que se ve forzada á sofocar su ternura para ilustrar vuestra razon.

Una circunstancia inesperada vino á secundar á la señora de Dumont en la correccion que meditaba dar á su hija.

Una mañana entró Carolina conmovida en el cuarto de su madre. ¿Sabe V. lo que acaba de decirme la señora Simon? (Era su maestra de dibujo), que en su casa hay una familia compuesta del padre, la madre y tres niños que no tienen que comer, ni dinero para volver á su pais donde encontrarian medios de ganarse la vida, y que son muy dignos de lástima. ¿Quiere V, darme algo para ellos?

—¿Por qué no les das tu de lo tuyo? respondió la madre.

—Porque nada tengo mamá, dijo Carolina avergonzada, ayer gasté los últimos veinte reales que me quedaban en un frasquito de esencia que me gustaba mucho. ¡Que arrepentida estoy ahora de haberlo comprado!

—En cuanto á mí, Carolina, nada puedo hacer, tengo tambien mis pobres á quien socorrer, y no quie-

ro distraer nada de lo que tengo destinado para ellos.

—¡Esto es espantoso! exclamó Carolina llorando amargamente, ¡haber infelices que se mueren de hambre y no encontrar quien los socorra! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cuan desgraciada soy no teniendo dinero hoy que mi padre se halla ausente de Paris!

—Ahora que me acuerdo; me parece que debo tener ochenta y ocho reales que te pertenecen.

—¡A mi! eso es imposible respondió Carolina.

—Traeme ese tarjetero y entre las dos ajustaremos la cuenta.

Carolina se apresuró á traerlo, y su madre leyó en la primera hoja con gravedad y pausa la cuenta siguiente:

Carruage.	10 rs.
Flores.	4
Un canastillo.	28
Pasteles.	3
Carruage.	7
Un canesú.	56

Total. 88

—¿Qué significa esto mamá? exclamó la jóven sorprendida.

—Esto significa hija mia, que quisistes comprar un canastillo y un canesú, sin los cuales podias pasar y yo te prohibí comprarlos; que por dos veces me suplicastes que te llevase en carruage, y yo te probé que podias andar á pie; que querias comer pasteles, y te hice entender que los pasteles son una

pura golosina, á menos que se trate de obsequiar á algunas amigas, y que las flores que ibas á traer, no hubieran servido mas que para duplicar las que tenias en casa. Entonces para recompensarte por la docilidad con que seguistes mis consejos, puse á parte para tí el dinero que habias dejado de gastar. Confiesa que todas aquellas cosas no te han hecho maldita la falta; y en cambio te encuentras hoy con 88 reales que te llenan de satisfaccion.

Carolina se arrojó en los brazos de su madre. Su inteligencia y su corazon comprendieron perfectamente la leccion, sin que su madre necesitase añadir una sola palabra. Carolina se apresuró á llevar el fruto de sus economias *forzadas* á la señora Simon, y no recordó aquella limosna mas que para no hallarse nunca en situacion de no poder hacer otras.

Desde aquel dia la jóven conoció el precio del dinero y del orden. No digamos que cambiase de conducta desde el dia siguiente; la gloria de corregirnos de nuestros defectos consiste precisamente en el trabajo que nos imponemos para conseguirlo. Pero se hizo menos descuidada, se sometió sin violencia á las observaciones de su madre, reconoció que la sencillez del buen gusto es preferible al lujo mal entendido, y estableció en su tocador y equipage el orden aconsejado por la prevision. En vez de gastar á diestro y siniestro, echaba sus cuen-

tas, y dejaba de comprar las cosas inútiles que en ciertos momentos producen un disgusto. Es inútil decir que su madre la animaba con sus elogios y la recompensaba con su ternura.

Seis meses habían transcurrido desde que ocurrió la aventura que acabamos de referir, y ya Carolina había olvidado á la pobre familia; pero aún debía la señora Simon recordarsela—¿A que no adivinas le dijo un día cual es la casa en que te adoran y bendicen?;.... En la de aquellas honradas gentes para las cuales me remitistes socorros. Gracias á tu buen corazón hoy son ricos, y no te admires que yo te lo contaré todo. Recordarás sin duda que en aquella época hubo una gran revista en el campo de Marte. Con tu dinero compraron una poca fruta, rosquillas, mantecados y otras golosinas para venderlas á la muchedumbre durante la fiesta. El despacho fue tal, que tuvieron que renovar sus provisiones seis veces durante el día, ayudando la madre y los hijos. Con el producto de la venta pudieron regresar á su país, á pie por su puesto, pero con buenos zapatos y comiendo regularmente durante el viage. Al llegar á su pueblo el marido encontró trabajo, el hijo mayor trabaja con su padre, y los otros dos ayudan á la madre en las faenas de la casa. Todo esto me lo han participado aquellas buenas gentes por medio de un vecino suyo, jornalero como

ellos, que venia á Paris, remitiendome al mismo tiempo unas hermosas manzanas de su pobre huerto, manzanas destinadas á su ángel de la guarda Carolina..... A ti como ves son deudores de la felicidad que disfrutaban.

Carolina enternecida se echó en los brazos de su madre, ¡cuanta elocuencia había en aquel beso! —Sabe V, cuanto me incomoda, le dijo sonriendo, remendar las cosas de lienzo; sin embargo, vamos á reunir todos los desechos que haya en casa y yo los compondré para enviárselos á los niños.

No añadiremos reflexión ninguna á esta sencilla historieta que ha pasado á nuestra vista, pues sin duda nuestras lectoras las habrán hecho antes que nosotras. Con todo, diremos que por mas que la voz *economía* nos parezca ingrata, es el origen de grandes satisfacciones cuando de ella se hace buen uso. Para la madre de familia la economía es un deber, una virtud indispensable; para las hijas debe ser sinónima de caridad.

S. H.

CARTA A LEONOR.

—
Mi querida Leonor: por fin después de cuatro largos meses de silencio recibo tu apreciable del 28 de Octubre. Cree que tanto silencio no solo me tenia con cuidado por tu salud, sino tambien disgustada considerando tu indiferencia y descuido. Las excusas que me das estan muy habilmente concebidas;

pero hija mia, te diré como *el Pilluelo de Paris*, ACÁ NO CUELAN.

Te chanceas con tu acostumbrada gracia, sobre el caballero de piedra de que te hablé en mi carta del mes de Julio, y en cambio de mi historia me cuentas cuanto te ha dicho en su última visita tu excelente tío el capitán de marina, referente á los usos de los diversos pueblos que ha visitado. Sabes que no me gustan las cosas á medias, y por consiguiente voy á completar tu relacion, y decirte cosas algo mas originales que las que tu me refieres.

Los usos y costumbres como todas las instituciones humanas de un órden mas elevado, sufrieron con la sucesion de los siglos estrañas modificaciones hasta llegar á las nuestras. Tengo para mí, que no seria empresa difícil determinar, con bastante exactitud, el punto de contacto que existe entre los diversos modos de saludarse que tienen todos los pueblos que habitan el globo terrestre. Mas como este empeño seria superior á mis fuerzas, me limitaré á ofrecerte un cuadro curioso de esas demostraciones de una vana urbanidad que estan hoy en uso, sin engolfarme en averiguar las de los tiempos pasados, pues seria preciso entrar en grandes investigaciones para llegar á encontrar, por ejemplo, la semejanza que existe entre tu graciosa cortesía, y el uso que tienen los *Lapones* de oprimirse la nariz uno contra otro cuando se saludan, ó el de los *Agénis* que se soplan la oreja y se frotan suavemente el estómago con la palma de la mano. Te repito pues, que me contentaré con referirte los hechos, sin buscar su analogia con otros de la misma clase.

Los *Etiopes* se cogen reciprocamente la mano, y se la llevan á la boca.

Los isleños de *Sacora* se saludan besandose en la espalda, y los de *Lamura* que está cerca de las Filipinas por lo comun cogen el pie de la persona á quien saludan y se lo pasan por la cara; al paso que los Filipinos doblan el cuerpo, y luego se cogen las mejillas con las manos manteniendose entretanto á la cox cojita.

Si dos negros se visitan mutuamente se abrazan y hacen crugir tres veces el dedo cordial que es el del medio de la mano.

En la *China*, los hombres se saludan cruzando ó colocando las manos sobre el pecho, moviendolas del modo mas afectuoso y diciendo *stin, stin*. En el mismo pais, si se encuentran dos personas, despues de una larga separacion, ambas se arrodillan á un mismo tiempo, y bajan la cabeza hasta el suelo, repitiendo muchas veces la misma ceremonia.

Cuando un habitante rico y poderoso de *Madagascar* recibe una visita, se apresura á ofrecer al extraño aquel de sus esclavos que mas pueda convenirle. Si un habitante de *Otaiti* quiere obsequiar á uno de sus compatriotas, ó á un extranjero que llega á su casa, le reviste con su propia ropa, y permanece así durante toda la visita.

Los *Mandingos*, pueblos de Africa cuando se encuentran se sacuden las manos: pero si saludan á una muger se cogen la nariz y huelen su espalda unas cuantas veces.

Los grandes de *Loango* sacuden los brazos y dan dos ó tres saltos atras y adelante, y los que son admitidos á la audiencia del prínci-

pe, le pasan la mano por las rodillas y la cabeza por el pecho.

Como seria muy largo contarte todas las extravagancias de los salvajes, con los cuales debemos ser indulgentes, los dejaremos en sus bosques y nos ocuparemos de nuestra patria. Gregorio Turonense y Agatias aseguran que nuestros antepasados se arrancaban un pelo y lo presentaban á la persona que iba á visitarlos; costumbre que tiene poco que envidiar á la cortesanía de los pueblos arriba citados pero aquellos autores no dicen si las mugeres estaban obligadas tambien á ello, pues en tal caso las señoras muy relacionadas, que recibiesen numerosas visitas, se verian precisadas á llevar peluca en la flor de su edad. Ya ves que en los antiguos tiempos tan ponderados, no eran todo tortas y pan pintado.

Espero que mi contestacion será de tu agrado puesto que te envío mas pueblos que he recibido. Esto es lo que se llama hacer bien las cosas.

Adios hija mia. Otro dia te enviaré las recetas que me pides, y si mis cartas te complacen escríbeme á menudo para recibir muchas contestaciones; los hechos siempre son preferibles á las palabras. Recibe un tierno abrazo de tu—A. L.

Revista de Modas.

Segun se asegura debe verificarse un cambio completo en los trages de invierno, y ya principian á hacerse altos y cerrados para paseos y visitas. Las faldillas ya no se llevan, pero siempre quedarán algunas como recuerdo. Los vestidos altos llevan la espalda completamente lisa y cosida á la falda como antes, y por delante cerrados y ajustados al cuello á la virgen, concluyendo como los chalecos de hombre, muy cortos naturalmente; estos cuerpos se abrochan por delante. Las mangas son de las llamadas *Amadís*, es decir, pegadas lisas, y con dos costuras. Se hacen sin puño terminándolas con un cordoncito y un adorno de botones que sube

formando espiral hasta el codo. La aparicion de estas antiguas mangas es tan chocante, que pocas señoras se arriesgan á llevarlas en toda su sencillez, y las usan debajo de otras anchas y abiertas. En este caso se hacen de terciopelo, ó de moaré antiguo; pero con el bien entendido que el vestido ha de ir guarnecido de una de estas dos telas. Las faldas se hacen mas cortas (ya era tiempo), aunque siempre anchas y fruncidas en acanalado sobre las caderas.

Los abrigos van apareciendo. Las *Talmas* son mas largas y anchas que las del año pasado. Tambien hemos visto unas capitas cortas muy lindas destinadas á las jóvenes, llamadas de *Capricho*. Se hacen de tafetan picado y enjambrado. La hechura es á la antigua, con una elegante capucha. Tambien se hacen preciosas *Salidas de baile*, destinadas al mismo servicio público: la esplicacion de ellas es menos agradable que la ejecucion. Son unas grandes pelerinas muy parecidas á las mucetas de los obispos, abades y canónigos, de tela de seda blanca con tiras de terciopelo negro de dos dedos de ancharia colocadas de arriba abajo, y naturalmente mas separadas en la parte inferior que en la superior donde todas se reunen en un corto espacio; llevan tambien su capuchita con punta, y en ella una borla muy larga.

Algunas modistas se proponen este año hacer vestidos del mismo género para las jóvenes, de color de rosa ó azul celeste, cubiertos de arriba abajo de tiras de terciopelo enteramente iguales á los zagalejos de las aldeanas.

Los sombreros guardan en la actualidad el justo medio entre la forma pequeña, adoptada por muchas señoritas, y la usada en la última estacion. Aconsejamos el justo medio que no puede sentar mal á nadie, ventaja inapreciable para las señoras que gustan de vestir á la última moda sin consideracion á la hechura, colores, y otras menudencias que no á todas les están bien. Un sombrero muy pequeño da en nuestra opinion un airecillo de aturdimiento del mas pésimo gusto. Se llevan con el ala redonda, pero mucho mas cerrados de las sienes y muy adornados en la parte interior. Las jóvenes parece se deciden por las capotas mitad de terciopelo y mitad de raso, con tal que los colores sean muy vivos y sobresalientes, como por ejemplo; rosa y negro, azul y negro, dalia y blanco, verde y blanco, etc. las carrilleras muy largas y en la parte exterior pocos ó ningunos adornos.

Los guantes de color *gris de vapor*, de piel de Suecia se prefieren á los demás, y las botitas, con motivo del mal tiempo, se llevan de tacon alto y abotonadas por delante.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Figura primera. Trage denovia. Peinado con bandós huecos à ondas y bastante altos. Corona de rosas blancas; pequeñas sobre la frente donde forman punta, y mayores á los lados progresivamente.

El velo es de tul con una jareta á la orilla ancha dos pulgadas, va prendido alrodete y llega casi hasta el suelo.

Vestido de tafetan blanco con aplicacion de terciopelo del mismo color. El cuerpo alto por la espalda, un poco abierto por delante no lleva fruncido ninguno, el talle es redondo.

Las mangas largas, divididas en seis afollados muy poco fruncidos, terminan en un puñito vuelto, abierto por el costado, y sujeta dicha abertura con una trencilla o cordoncillo de plata con botoncitos de perlas.

El cuerpo lleva en el cuello una blonda fruncida de una pulgada de ancha.

La falda va adornada con una guirnalda de terciopelo blanco picado ancha una cuarta. Una guirnalda igual, pero mas estrecha, adorna la orilla del cuerpo y los puñitos.

La falda muy ancha; pero plegada de modo que no caiga demasiado redonda sobre las caderas. Una cinta de moaré blanca un poco recogida à la espalda y en el talle, pasa por los hombros en forma de berta, ó por mejor decir de pañoleta formando punta. Las orillas de esta cinta van guarnecidas con una blonda de pulgada á pulgada y media de ancha.

Un ramillete compuesto de una rosa con sus capullos, y flores de azahar sujeta el cinturon. La cinta del cuerpo es del núm. 40, y la de las caidas del núm 80.

Figura segunda. Trage de calle. Capota de tafetan color de rosa, adornada con blondas y flores. En la parte interior del ala una guirnalda de margaritas blancas jaspeadas de rosa y blondas fruncidas.

Carrilleras de color de rosa muy anchas.

Vestido de tafetan adornado con encage negro y rosetones.

El cuerpo liso, abierto por delante, lleva á la orilla una cintita-galon fruncida, y cosida sobre un encage negro.

Las mangas son casi ajustadas hasta cerca del codo, y terminan con un ancho volante.

Un galoncillo adorna el volante y oculta la costura de su union con la manga.

La falda lleva cinco paños y cuatro volantes que llegan hasta un galoncito contra el cual se cosen.

El adorno *aplicado* consiste en rosetones de terciopelo negro con un circulito en el centro de cordoncillo negro. Las orillas de los volantes llevan un galoncito y encima una fila de rosetones. El camisolin es de encage blanco, y va cubierto con el encage negro del cuerpo del vestido.

La manga interior es de encaje blanco.

ESPLICACION DEL DIBUJO.

NUMERO 1. Azucena con su tallo para bordar al ganchillo (crochet) ó en papel.

NUMERO 2. Estambres.

NUMERO 3. Pistilo.

NÚMEROS 4, 5 y 6. Pétalos.

NÚMEROS 7 y 8. Hojas.

Para hacer esta flor se necesita torzalillo blanco para los pétalos, amarillo claro para los estambres, y verde claro para los pistilos, y ademas alambre del núm. 1, y otro algo mas fuerte para el tallo.

NÚMERO 9. Fondo de una gorra; bordado inglés.

NÚMERO 10. Cuello á realce, los ojete á feston y los bordes á feston de punto de rosa.

NÚMERO 11. Manga á feston y realce.

NÚMERO 12. Entredós á realce para mangas ó pañoletas de niñas.

NÚMERO 13. Guarnicion para el entredós del número anterior.

NÚMERO 14. Escudo bordado á feston. La cifra del centro se bordará á realce, siendo indiferente que se hagan botones ú ojete.

Maria, Agustina y Ana como igualmente las demás letras sueltas del dibujo se bordarán á realce.



343

LE MONITEUR DE LA MODE

Rue Richelieu, 92, à Paris.

Modes des D^{les} Dublé, rue Richelieu 28 bis Coillettes de M^{lle} Nathalie M^{me} Huebér, rue Richelieu 39, ci-devant rue St Anne, 14.
 Fleurs de S. Perrot Petit & Co rue de la Bourse, 12. Cachemires des Magasins du Porsau, rue Richelieu, 1078.
 Corsets de M^{me} Hippolyte, rue de la Paix, 9. Legrand, Parfumeur, rue St Honoré, 319.

MAISONS DE PREMIER ORDRE À PARIS.

PARFUMERIE, Société Hygiénique, Entrepôt Général, 5, r.ff. Rouffeau.
 CHOCOLATS, Compagnie Coloniale, Entrepôt Général, 4, Place des Victoires.

AUX VILLES DE FRANCE Nouveautés, 51, rue Vivienne, 104, rue Richelieu.
 LASSALLE Maison de Commission, 37, rue Louis-le-Grand.

NEW-YORK E.B. Strange et Brother F. BELLIZARD et C^{ie} à St. Pétersbourg

LONDON at the Monitor Office F. DUMUS 16, Greek Street Soho.

Ayuntamiento de Madrid

